

PEPE

Sí, señor... en el café de Europa.

DON FÉLIX

¡En el café de Europa! Mirándole.

CARLOTA

Sí; él está aquí, pero es lo mismo... porque se marcha... y tú con él... es decir, detrás de él. Vas á sorprenderlos y á traértela á casa, después de haberle echado un sermón. A Pepe. Usted puede marcharse tranquilo... y muchas gracias.

PEPE

Señora, yo á usted, ¡no sabe usted lo que se lo agradezco! Yo siempre la he tenido á usted muchísimo aprecio... Usted perdone, y usted también, don Félix... y aunque á usted le parezca mentira, ¡no tengo yo la culpa! Sale,

DON FÉLIX

Pero, hija... explícame... ¿qué es esto? ¡No comprendo!...

CARLOTA

Nada... no te apures, que la niña no me puede sufrir, según dice, y que se ha querido marchar de casa, y que, gracias á que ha dado con este infeliz que ha venido á avisarnos...

DON FÉLIX

Pero esto es un escándalo, Carlota; una catástrofe...

CARLOTA

No lo creas: es una chiquillada.

DON FÉLIX

¿Y qué vamos á hacer?

CARLOTA

Ya te lo he dicho: ir á buscarla.

DON FÉLIX

Pero, ¡y luego!

CARLOTA

Casarlos.

DON FÉLIX

¿Tú crees que él se querrá casar después de esta locura?

CARLOTA

El es de los que quieren siempre. Aunque voliera de escaparse con otro.

DON FÉLIX

Pero ¡va á ser muy desgraciado!

CARLOTA

Puede que no. Cuando la tenga en casa es muy posible que se decida á coger el palo que le está



haciendo á ella tantísima falta... Anda, anda. Empujándole. Aunque está cerca, mejor será que tomes un coche.

DON FÉLIX

¡Estas hijas van á acabar conmigo. Sale.

CARLOTA

¡Ay, niñas, niñas!... En fin, alabado sea Dios... una menos.

Doña GENOVEVA ha entrado inmediatamente después de salir el padre, y se encara con Carlota, que no la ha visto entrar.

GENOVEVA

¡Una menos! Esa frase la desenmascara á usted.

CARLOTA

Ah, vamos. ¿Por dónde ha entrado usted?

GENOVEVA

Por la puerta, naturalmente.

CARLOTA

Detrás de la cual, naturalmente también, estaba usted escuchando.

GENOVEVA

Me parece que tengo derecho á intervenir en los asuntos de mis sobrinas.

CARLOTA

¡Ojalá hubiera usted intervenido antes, como era su obligación!

GENOVEVA

¿Qué quiere usted decirme?

CARLOTA

Que si usted, que ha vivido siempre con ellas, las hubiera educado como Dios manda, no se le hubiera ocurrido á ninguna de ellas ir á sacar á un hombre de sus casillas y escaparse con él como una loca á la primer rabieta.

GENOVEVA

De modo que, según usted, tengo yo la culpa de lo que sucede.

CARLOTA

¡Como no la tenga yo!

GENOVEVA

Ahí duele, sí, señora; usted precisamente; usted, que ha venido á esta casa á turbar la concordia en que siempre vivimos; á robar á unas hijas el amor de su padre; á arrebatarse el corazón de un hombre al recuerdo de su esposa muerta; ¡y por qué medios, Virgen, por qué medios!

CARLOTA

Oiga usted: ¿por qué medios?

GENOVEVA

Por los del materialismo más grosero. Usted me entiende.



CARLOTA

¡Ja, ja, ja! Por lo visto usted le llama materialismo al agua y al jabón. ¡Ja, ja, ja!

GENOVEVA

No se ría usted. Hay en la vida ideales mucho más altos que hacer que reluzcan las patas de las sillas.

CARLOTA

Ya lo comprendo, ya... teñirse el pelo.

GENOVEVA

¡Insolente!

CARLOTA

¡Ja, ja, ja! O darse una manita de yeso á las arrugas.

GENOVEVA

Es usted una vulgaridad que espanta. Temblando de ira.

CARLOTA

Mire usted, doña Genoveva, eso es lo de menos. Usted será muy fina, y yo muy ordinaria; pero ordinaria ó fina, lo primero que una mujer tiene que ser en el mundo es eso, mujer. ¿Y sabe usted lo que quiere decir mujer?... Pues quiere decir madre, ni más ni menos.

GENOVEVA

¿También filosofías?

CARLOTA

No lo sé: verdades. Sí, señora; madre desde que nace hasta que se muere.

GENOVEVA

Eso lo habrá aprendido usted por los muchos hijos que ha tenido.

CARLOTA

Eso lo aprendí teniendo á mi madre en los brazos mientras se me moría, y después... lavándola y vistiéndola como á una criatura para que la llevaran á la tierra. No hacen falta hijos propios para ser madre. ¿No ha reparado usted en que todo el que sufre, aunque tenga cien años, dice: ¡madre mía! Pues la mujer que acude á socorrerle, y también habrá usted reparado en que casi siempre acude una mujer, es la madre que estaba pidiendo.

GENOVEVA

Y usted en esta casa pretende cumplir esa misión.

CARLOTA

Porque no ha sabido usted cumplirla.

GENOVEVA

Pues no hay en ella, que yo sepa, hijos desventurados.



CARLOTA

¡Ay, señora! Empezando por el padre, todos lo son. ¡Si parten el alma de infelices y de desamparados! Todos son buenos como el pan, y, sin embargo, todos son capaces de hacer una maldad ó una locura, y es porque nadie les ha dicho nunca: ¡Este es vuestro deber!... Ya ve usted la mayor por dónde sale, y no me diga usted que es porque estoy yo aquí hace dos meses; es porque ha estado usted hace muchos años... y parece mentira que tenga una mujer tan poco seso dentro de una cabeza tan rizada después de haber cumplido los cuarenta...

GENOVEVA

Blanca de ira. Los cuarenta, ¿verdad?

CARLOTA

O los cuarenta y cinco; por año más ó menos no vamos á reñir...

GENOVEVA

Es usted una... es usted una... es usted una... ¡sirenal

CARLOTA

Y usted una estantigua...

GLORIA

Entrando. ¿Qué es esto, qué pasa?... ¿Por qué gritan ustedes? Tía, ¿qué te pasa?

GENOVEVA

Que esta... señora, ó lo que sea, me insulta, me falta al respeto...

CARLOTA

¿Qué respeto merece una mujer que se avergüenza de sus canas?...

GLORIA

No te aflijas, tía, no te aflijas... Ya sabemos de sobra lo que es...

GENOVEVA

Sí, me aflijo, alma mía, y me voy, me voy para siempre de esta casa maldita.

CARLOTA

¡Ay, no será verdad tanta bellezal...

GENOVEVA

Sí. Por vosotras lo siento, que os quedáis á merced de esta... tarasca; me marchó...

GLORIA

Y yo contigo. Ya se lo he dicho antes á mi padre...

GENOVEVA

Ven, pobre mártir, ven...



CARLOTA

Separándolas. Señora: usted se irá donde bien le parezca. Le abre la puerta y doña Genoveva sale dignamente. Y tú, cogiendo á Gloria por un brazo, tú te quedas aquí, porque yo te lo mando.

GLORIA

Rabiosa y forcejeando. ¿Tú? ¿Tú me vas á mandar á mí?

CARLOTA

Sí, señora; ¡yo!

GLORIA

¡No sé con qué derecho!

CARLOTA

Con el del más fuerte, hija mía.

GLORIA

¿Desde cuándo?

CARLOTA

Desde ahora mismo. Todo llega en el mundo, y esto tenía que llegar... De modo que no te sofoques, no grites, no patalees, porque da lo mismo.

GLORIA

Eso será...

CARLOTA

¿Que será? Ya está siendo.

GLORIA

¡Pues no te pones tú pocos moños!

CARLOTA

Mira, hablando de moños, lo primero que vas á hacer es quitarte todos esos que llevas.

GLORIA

¡Ah! ¿Y por qué?

CARLOTA

Porque son ridículos... Y peinarte como una persona... Anda de prisita. La chiquilla no obedece, y ella se acerca y la despeina. ¿Que no? Pues no faltaba más... ¿Con qué te rizas este pelo infame, que lo tienes hecho una pura lástima? ¡Digo con los bucles!

GLORIA

Como si le arrancasen el alma. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

CARLOTA

Quedándose con los bucles en la mano y llena de asombro. ¡Jesús!... ¡Postizos!... Quitándole el crepé, que le forma un promontorio. Crepé, y ¡naturalmente! caspa. Lo que te hace á ti falta es una jabonadura que me río yo. Verás... Le pasa el pañuelo por la cara y se queda mirando los colores que se quedan en él ¡Ave María! Negro... azul... encarnado... Pero ¿qué te das en la cara? ¡Habrás visto crimen,



con diez y seis años y ese color de rosa que Dios te ha dadol. Ahora mismo te vas á lavar, y en la vida vuelvas á darte semejantes potingues. Siéntate aquí. La hace sentar por fuerza en una silla baja, y la peina después de sacudirle el pelo. Pero ¿tú sabes lo que estabas haciendo?

GLORIA

Entre sollozos. Lo que me daba la realísima gana.

CARLOTA

Eso es lo que tenemos que hacer todos; ahora que siempre debemos procurar que nos dé la realísima gana de hacer algo que valga la pena... Ten quieta esa cabeza.

GLORIA

Es que me tiras.

CARLOTA

No te tiro. Con el pelo que tienes, que parece una mata de seda. ¿A qué te das pomada?

GLORIA

Para sacarle lustre.

CARLOTA

Con el cepillo sale. Le hace un moño sencillo y gracioso en la nuca y le pone un lazo. ¡Ay, chiquilla, chiquilla! ¿Tú sabes lo que vale una mujer sin arrumacos? ¡Me río yo de estas presumidas que se dan colorete y se lavan lo que ve la suegra! Vaya un cuellecito. ¡Tú

no sabes lo que es el agua fresca corriéndole á uno por todo el cuerpo! El que está limpio tiene medio camino adelantado para ser bueno... y para ser feliz. Terminando. ¡Ajajá! Ahora te debías mirar al espejo.

GLORIA

Pareceré un coco.

CARLOTA

Pareces lo que eres. Una niña que para estar bonita, porque hasta eso tienes, grandísima pécora, no necesita enmendarle á Dios la plana con unturas y pelos postizos. ¡Menuda alegría te va á dar la primera vez que te veas como Dios te ha hecho! ¿Qué te parece á ti que se puede esperar de una mujer que empieza por mentirse á sí misma? Ya ves tú qué preciosa estaría esta rosa. Coge una de las del jarrón. si se pintara color de remolacha y se pusiera un collarcito de papel de seda. Pues eso estás haciendo tú con la cara, y con lo que no es cara, porque tienes buen corazón y te le pintas de chiquilla rabiosa y descarada; porque sabes que yo te quiero bien, ¡ya lo creo que lo sabes!, y te empeñas en hacerte creer á ti misma que crees que soy una madrastra; porque me quieres tú á mí, sí, me quieres (me querías antes, y no te he hecho nunca nada malo) y te empeñas en convencerte de que me tienes odio. ¡Ay, chiquilla, chiquilla, el día en que te laves el corazón como te vas á lavar la cara!... ¿Bajas los ojos? Haces bien. Será que estás mirando hacia dentro, y en



cuanto mires cinco minutos con buena voluntad, ya verás lo que encuentras. Gloria se echa á llorar. Pero no llores.

Se oye ruido fuera, y entran DON FÉLIX, LAURA, PEPE y RICARDO. LAURA viene llorando como una Magdalena. Después de una pausa, en que todos se miran y callan y las dos niñas lloran cada una por su lado.

DON FÉLIX

Con resignación. Ya estamos aquí.

CARLOTA

Acercándose á Laura y quitándole el pañuelo de los ojos, muy serenamente. ¿Te has marchado porque no me podías sufrir? ¿Qué daño te he hecho yo, criatura?

LAURA

Muy romántica. ¡Soy una mala mujer!... ¡Soy una mala mujer!

CARLOTA

¡Ave María! Eres una chiquilla loca, eso sí, muy loca y muy consentida; pero eso tiene arreglo...

LAURA

¡Quién me va á querer ahora á mí!

CARLOTA

Sonriendo á Pepe. A eso conteste usted.

PEPE

Yo te quiero siempre; de sobra lo sabes.

LAURA

No, no... qué pensarás de mí... Volviéndose á su hermano. ¡Y este infeliz que me ha encontrado en la escalera! No me puede querer nadie, nadie.

RICARDO

Te queremos todos; no digas tonterías.

LAURA

Abrazando á su padre. ¡Ay, padre de mi alma!

DON FÉLIX

Vamos, hija, vamos...; tranquilízate, que no es para tanto.

LAURA

¡Ay, madrecita mía!

CARLOTA

A esa suavemente, sí que debes pedirle perdón, porque te has estado valiendo de su nombre para cometer una injusticia.

LAURA

¡Ay, Carlota, Carlota! Abrazándola también.

CARLOTA

¡Ea, cálmate!... anda á refescarte esa cara... luego hablaremos Volviéndose á Pepe y con usted también.